



Phil Camino
La memoria de los vivos



PHIL CAMINO

La memoria de los vivos

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2019

© Phil Camino, 2019
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 6396-2019
ISBN: 978-84-17747-64-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi tío Fernando González-Camino Meade, que custodia con tesón la memoria de la familia. Gracias por su generosidad y por su perseverancia. Y por permitirme que lo haya puesto todo patas arriba, porque de su historia, o de la Historia, ha quedado mi historia, tan falsa pero tan cierta como son estas páginas.

La vida de los muertos está depositada en la memoria de los vivos.

Filípicas, IX, Cicerón

Breve es la vida que nos es concedida por la naturaleza, pero es eterno el recuerdo de la vida que de forma ilustre se devuelve a aquélla. ¿Si este recuerdo no fuese más largo que nuestra vida, quién sería tan loco como para exponerse a las mayores fatigas y a los mayores peligros por conseguir la alabanza y la gloria más excelsas?

Filípicas, XIV, Cicerón

Y escribir, por el simple placer de imaginar historias y de contarlas. Bendito placer.

12 de julio de 2016

He subido a un avión de Iberia con destino a México. Abro la revista *Ronda* y leo que, en Coahuila, al norte de México, acaban de descubrir unos peces incoloros sin ojos que habían sido vistos antes en Texas. Esos pececillos son como larvas o monstruos abisales que se desplazan por las aguas profundas, por las fallas del planeta, recorriendo el territorio que va de Guanajuato a Texas. El mismo que recorrió mi tatarabuelo, bajo el sol aniquilador, sorteando bandidos, caminos polvorientos y epidemias de cólera, anotando sus días en un cuaderno negro, quizás con la conciencia de estar viviendo una aventura digna de ser narrada, seguramente sin saber que otros llevan haciendo ese recorrido desde hace miles de años bajo la tierra, surcando las heladas rutas de las profundidades, a ciegas, sin conciencia y sin memoria.

I

—Demonios, *Sangre*, vuelve *pa' cá*.

El perro pareció dudar un segundo, miró a su dueño y dejó escapar la presa que ya corría hacia algún refugio seguro.

El niño levantó la vara de avellano y de un salto pasó al otro lado de la tapia. El animal hizo lo mismo, propulsado por sus fuertes patas traseras.

Luego giraron a la derecha y se adentraron por los prados. La hierba estaba alta en esa época del año, a su paso las ortigas y las barbas de viejo cedían, tumbándose, dejando un rastro que al poco tiempo desaparecía, como si por allí no hubiera pasado alma alguna.

Hacia la izquierda, donde había saltado la liebre, la tierra estaba apelmazada por las pisadas de los aldeanos que recorren ese trayecto casi a diario, por allí donde la pendiente es más suave y el camino serpentea hasta el pueblo. Ángel no iba jamás por ahí. Él siempre atajaba por la parte más escarpada, la que desciende en picado desde el alto del monte y termina en un pequeño desfiladero cincelado por el agua y siglos de erosión que cae abruptamente sobre la aldea. Llegaba siempre antes que cualquiera.

—Si *habría* un camino más largo y más fácil, seguro que todos lo cogerían. Y así no se medra, *Sangre*, así no se llega a ninguna parte —farfulló.

El niño lanzó bien lejos una piedra que cayó sin ruido. El perro lo seguía, siempre unos pasos por detrás.

Ángel nació pobre, lo hizo en el año treinta y tres del siglo XIX. Vino al mundo sin mayor júbilo que el que trae una buena cosecha y tuvo derecho a algo más de cuidados que el que los suyos dedicaban a la becerra más sana de la cabaña. Lo hizo en el barrio de

Lavín de la aldea de la Gándara que pertenece al valle de Soba. De su infancia poco se sabe y todo se puede imaginar. Que a los doce años manejaba el dalle como sus mayores y que sus días consistían en madrugar, ordeñar con la madre, *ir a verde*, limpiar la cuadra, a misa los domingos y a la romería cuando las fiestas de San Isidro Labrador y de la Patrona, la Virgen de Irías. Hablaba poco, pues no tenía con quien hacerlo, tan sólo una hermana pequeña de salud achacosa, y su madre a la que respetaba con la adoración y la distancia con que le habían enseñado a venerar el sagrario. Sus dos hermanos habían marchado a probar fortuna cuando él era aún muy niño. Había crecido al amparo de la conmiseración de los que murmuraban como beatas deslenguadas: «El pobre, es así de callado porque no conoció al padre», y bajo el imperio de la mezquindad de otros que no mostraban reparos en ventilar su piedad como quien airea una casa cerrada mucho tiempo: «Ese niño trajo el infortunio, y fue la causa de que el bueno de Gregorio muriera». Vivía con su soledad a cuestras, con un turbio malestar que le rondaba el alma como un tábano y con la fiel compañía de *Sangre*, aquel mastín de fuertes patas traseras, fino cazador y que tenía el pelaje del color de los almiaros.

De todas las tareas que llevaba a cabo, sólo una no le gustaba: la siega, y si hubiera conocido el sentido de la palabra *abhorrecer*, la hubiera usado para referirse a ella. «Fue tu culpa, zass, fue tu culpa, zass, zass...», parecía cantarle el dalle, segándole el seso al ritmo que tronchaba la hierba. «Dios trae una vida, pero se lleva otras, es así, el chico no tiene culpa de nada», les decía don Demeterio a los pobres de alma que no escondían su mezquindad y la descargaban en el niño. Porque, así como en el pueblo se asociaba la muerte de un jato al mal pasto, o la pérdida de una cosecha a las inclementes nieblas, algunos vecinos habían asociado la llegada del chico, aquel fatídico 29 de septiembre de 1833, con la muerte de Gregorio Trápaga, su padre, y el de todo un pueblo, el rey Fernando VII. Y así fue como el niño llegó a esta vida, tan huérfano de padre como necesitado de una figura a quien emular y a quien encomendar sus ambiciones, y la eligió en el regio finado. Por eso, cada año, durante la misa por el alma de su difunto padre, se sorprendía rezando con más arrobó por el Padre de la Patria, ¡un rey! que había tenido el destino de un país a su cargo (¿acaso sabía un niño de qué modo y a qué precio?), que por el padre ausente. Y de

aquella devoción incubada en la desgracia, adquirió un peculiar sentido de la medida por el que todo cuanto de bueno ocurre en la vida tiene que ver con ilustres nombres o con gestas grandiosas.

Así creció Ángel, fabricando su propia historia, con su particular sentido de la santidad o de la heroicidad, entre calumnias y conmiseraciones, comparando su historia con las de los santos, cuyas vidas le contaba don Demeterio.

Guiando a las vacas hacia los pastos altos con su vara de avellano y con la ayuda de *Sangre*, subía todos los días al alto de la Gándara, desde donde se extendía la línea del horizonte. Por debajo de esa línea, o como una misma parte de ella, se estiraba una franja de un azul más oscuro. Se contaba que otro pico, el de San Vicente, había servido desde tiempos antiguos como faro para los navegantes. Y detrás de esa línea curva de un azul que no era el del cielo, donde el mar daba la vuelta, había otra tierra. Aquella a la que habían marchado sus hermanos Manuel y Gregorio en 1835, dos años después del nacimiento del benjamín. La repentina muerte de Gregorio había dejado a la familia Trápaga en la más absoluta miseria alentada por cierto ostracismo de clan, el pueblo poco tenía que ofrecer a dos chicos de quince y dieciséis años huérfanos de un padre que se había bebido los pocos cuartos que daban las cuatro vacas. En cuanto a los duros que la madre había ido atesorando *en la viga* durante años, el difunto dipsómano también se los llevó a la tumba porque la mujer prefería no comer que enterrar sin dignidad a sus muertos.

Con su partida, Manuel y Gregorio se libraban de luchar en una guerra civil que enfrentaba a carlistas y cristinos o isabelinos, y de paso huían de una vida que poco tenía que ofrecer salvo la miseria con un algo de dignidad con que la madre regentaba esa familia de linaje de hidalgos, nobleza vieja y caduca que anidaba en el inconsciente como un pensamiento remoto y se exhibía en aquel escudo sobre el arco de medio punto que en todo caso volvía más evidente la caída en desgracia. Hidalguía que las vicisitudes de la vida habían trocado en envidia, una cuadra, un montón de hierba seca para alimentar a los animales y unas cuantas gallinas pican-do, ajenas a toda gloria pasada.

Y así, con pocos duros pero decididos a mantener la honra a salvo, los dos jóvenes y lozanos Trápaga habían partido, sin rumbo fijo pero con una firme determinación: regresar algún día al

pueblo como hombres nuevos distinguidos por la hidalguía del dinero. Por qué eligieron Cuba, no se sabe; en esa época se pedía un pasaporte para las Indias, Ultramar, México, América, Cuba..., cualquiera de aquellos destinos podía haberles valido a Gregorio y a Manuel cuando fueron a ver al alcalde para que pusiera en marcha el trámite para el pasaporte: quince días para las alegaciones y si no las había, y no las hubo, esperar a la autorización del Gobierno Político. América seguía siendo el Nuevo Mundo, igual que lo es hoy para tantos nuestra vieja Europa; desesperación mediante, había un Edén que se dibujaba en la conciencia y muchos estaban dispuestos a comprobarlo costara lo que costara. La entonces tierra de las promesas se llevaba a familias enteras, también a jóvenes que trataban de escapar del servicio militar regido por el cruel sistema de quintas; todo el que no podía comprar su remplazo estaba abocado a servir a la patria, que era lo mismo que entregarse a la guerra. Y nadie podía saber por cuánto tiempo por que las guerras no airean sus planes. Así que éstos huían.

Ángel también deseaba marchar, pero no para evitar el servicio militar, o por la guerra, ni porque supiera desde los ocho años que había una vida en la que uno podía no ir descalzo o calzar otra cosa que no fueran almadreñas. Lo que él deseaba por encima de todo era huir del zumbido del dalle. Y quería marchar porque, como a tantos otros, hay a quienes la vida se la planifican la curiosidad y las intuiciones, que no son sino un anzuelo bien atiborrado de cebo para la audacia.

El horizonte parecía inmenso desde el alto de la Gándara, y sin embargo, allí, en el pueblo, la vida se limitaba a las cuatro vacas, unas cuantas gallinas y el verde de los *praos* que alguien tenía que segar para alimentar a la madre y a la hermana, a los animales y a él, en esa diminuta pero al fin y al cabo eficaz cadena de subsistencia. Su madre, Josefina Gutiérrez de la Garmiña, no había levantado cabeza desde que enviudara. Se le había quedado la voz astillada y una tristeza en el rostro más visible que las arrugas cinceladas metódicamente por años de sol y de lluvia. La mujer andaba enferma de tristeza, o eso decían los vecinos: «Que la Josefina no levanta cabeza *desdi* que se *li fue'l* Manuel». Y él no había conocido a otra madre que aquella que no levantaba cabeza.

A los tres años de su partida, Manuel y Gregorio empezaron a mandar al pueblo un dinero con el que habían comprado algún jato y hasta habían podido arreglar el tejado de la casa. Pero no hacía falta más, o eso decía la madre, que mantenía con sus apetitos un combate interno y devastador, una lucha de titán contra titán: por un lado, el peso de una herencia moral que le imponía cuidar siempre las formas ante los vecinos, por otro, una naturaleza pétreamente agarrada a sus genes que hacía de ella una mujer conformista y resignada. En cuanto a lo que sucediera fuera del pueblo, esas eran «cosas de *por'ai*», decía Josefina que no se interesaba por la política tanto como lo hacía por mantener inmaculadas sus dos ideas firmes y la decencia del parecer. Lo de las revueltas carlistas era algo que en el barrio se comentaba como quien vaticina «que *aliende* el ábrego y luego soplará el gallego»; bien poco podía importarle a la mayoría de los habitantes de ese valle lo que sucediera fuera de sus montes. Pero a Ángel todo le preocupaba, todo le interesaba, y cuanto más alejado de su mundo, mayor era el interés que despertaba en él.

Sus hermanos prosperaban, eso decían las cartas, y él, atrapado entre los montes y los *praos* y sus grandes sueños sólo podía barruntar qué era eso de prosperar. Y así como las cigüeñas parían a recorrer el mundo y siempre regresaban, él se hizo la idea de que prosperar era salir de ahí para volver y poner su nido en el campanario más alto de su tierra. Miraba a su perro, y le decía: «*Par'ai* que marcharé, *Sangre*. A ese *sitiu* que está tan lejos. Y tú aquí, a cuidar a la madre». Y le contaba que regresaría un día a su tierra para demostrarles a todos que él valía más que una premonición. Rompería aquel mal ruido, ese ritornelo de culpa, «zass, zass», que ensombrecía sus días.

Richard Myagh llegó a este mundo en Dublín el 15 agosto de 1805, o de 1806; en su partida de nacimiento sólo se alcanza a leer una fecha borrosa, un garabato que atestigua que vio la luz del día en este mundo de los vivos y que como casi todo el que la ve, tuvo una vida, aunque ya nunca se sabrá con exactitud de cuántos años estuvo hecha. Gracias a su certificado de bautismo se sabe que era hijo de Thomas Myagh y de Mary Helen (nacida Roche), y que fue bautizado por el Reverendo Prendergas en la Parroquia de St. Audeen perteneciente a la Diócesis de Dublín.

Los Myagh eran grandes propietarios de tierras en Irlanda. Originarios del condado de Cork, la mitad de la rama se trasladó e instaló en Limerick durante las persecuciones de Cromwell.

Richard Myagh descendía de esa rama de perseguidos. Su árbol genealógico está salpicado de dispersiones y de ilustres nombres como el de Patrick Myagh, soberano de Kinsale (según reza una tabla de piedra en la iglesia de Kinsale), un tal David Myagh que fue alguacil de Limerick entre 1478 y 1494, John Myagh, miembro del Parlamento de la ciudad de Cork en 1559, o George Myagh, que fue Mayor de Limerick y al que destituyeron por ayudar a la causa de los católicos. La vida de los Myagh fue una vida en perpetua huida, y quizás por eso muchos de ellos fueron hombres valerosos. El valor como una marca de ADN.

Los padres de Richard, Thomas y Mary Helen Roche, contrajeron matrimonio en Dublín, en 1792. Ella provenía de una familia de antiguo linaje dublinés. Católicos, por supuesto. Siete hijos entregaron al mundo: Thomas Harold, John, Denis, el mencionado Richard, Mary Anne, Catherine y Hellen Mary.

A su muerte en 1831, el padre dejó a sus siete hijos no pocas tierras en herencia. Pero la situación se empeñaba en ser mucho menos complaciente que la cantidad de bienes recibidos, las cosas

no resultaron fáciles para la familia asentada entonces en Dublín, en el número 23 del Muelle del Mercader. Una injusta –al menos injusta para los Myagh– redistribución de tierras llevada a cabo por el gobierno inglés les hizo perder gran parte de los feudos legados, por lo que las finanzas de la familia se vieron tan mermaidas como frágiles quedaron los ánimos y el honor, en especial el de los dos medianos.

–Que Hellen Mary y Mary Anne se resignen al expolio, todavía se puede comprender, pero que lo haga Thomas. ¡Thomas! Es una vergüenza –se lamentaba el joven Richard, que apuntaba ya maneras de inconformista. Apretando con fuerza el vaso de whisky, recorría como un lebrél encolerizado el salón de la casa familiar en cuyas paredes colgaban, como guardianes del linaje, los retratos de los ancestros.

–Cuánta razón tienes, Richard –le decía su hermana Catherine, sirviendo con parsimonia el té en las delicadas tazas en las que brillaba la divisa familiar–. Renuncian al honor de los Myagh y...

–¡Y lo hace el primogénito! Demostrando lo que es. Yo no puedo, ni debo, querida Catherine, por los que nos precedieron. Allí él, yo debo asegurar que mis hermanas tengan una posición decente. Una posición..., cielo santo. ¡Esposos y..., y... que se valore de dónde venimos los Myagh! –sentenció el iracundo agraviado, como si el ultraje requiriera de gestos elevados y dignos, pero a la vez de una muy medida dosis de exasperación.

El segundo de los hermanos Myagh, John, eligió la carrera militar que lo llevó a Portugal, donde alcanzó el grado de general y luchó, para lustre de los suyos, a las órdenes del duque de Wellington. Influenciada por su hermano Richard, y adelantándose a la vergüenza de que ningún hombre decente llamara a su puerta ahora que la fortuna parecía ser algo del pasado más que del presente, Catherine ingresó en un convento al poco tiempo del fallecimiento de su madre, lo que ocurrió en 1832. En cuanto a Denis, el más próximo en edad a Richard y su hermano más querido, había puesto tierra de por medio unos años antes; cumplida la mayoría de edad, había reclamado y recibido del padre la parte de su herencia. Con las rentas que por entonces aún daban las tierras de los Myagh, había comprado un barco y marchado a descubrir, como dice Melville «la parte acuática del mundo», con el encargo de Richard de buscar por ese mundo el modo y el lugar

en donde hacer fortuna. Primero recaló en Canadá y tras varios destinos, de los que poco supo la familia, que ni siquiera pudo avisarlo de la muerte de la señora Myagh, madre del trotamundos, Denis pasó una larga temporada en Chile, donde tomaría parte en una rebelión contra el gobierno, y donde, tras cañonear Valparaíso, a punto estuvo de perder la vida de no ser porque intervino por él un primo, Carlos Tadeo O’Corman, que alegó la condición de súbdito británico del justiciero para sacarlo de ahí, salvándolo de paso de ser fusilado. El renacido puso tierra de por medio y fue a parar a México, primero a Veracruz y desde ahí a la ciudad de Guanajuato, donde el negocio de las minas ofrecía entonces buenas oportunidades para aventureros poco temerosos de las geografías abruptas. Pero dado como era a la buena vida y al desorden existencial, Denis había dilapidado sus bienes en diversos negocios de poca fortuna y en no menos mujeres que le consumieron la que le hubiera quedado. En 1833, escribía a su hermano Richard pidiéndole que se asociara con él para entrar en el negocio minero. Les ofrecían comprar una de las minas asentadas en torno a La Valenciana, que, según le relataba en su carta, estaba dando pingües beneficios. Se esmeró en contarle en unas líneas la historia de la ciudad, como si con el despliegue de fechas y datos le estuviera asegurando la garantía de su posible inversión. O quizás para que no pensara que lo invitaba a unirse a un proyecto en el fin del mundo y entre salvajes.

Richard supo que el siglo xvii había sido para la ciudad el del esplendor de las haciendas agrícolas. Al amparo de la lucha contra el cerrado sistema monopólico español se había gestado una burguesía que a la sombra de la minería se aristocratizó a imagen y semejanza de la nobleza peninsular. La ciudad de Guanajuato, elevada de Villa a Ciudad en 1741, vivió el auge de la producción platera por su ubicación bajo la Veta Madre, el asentamiento minero más importante del mundo según estudiosos como Humboldt, Burkart o Bustamante. *Ellos, hombres cultos y refinados, dieron fe de que era ya una ciudad rica y próspera, y te puedo asegurar, querido hermano, que lo sigue siendo. Te mando un ejemplar del Atlas géographique et physique du Royaume de la Nouvelle Espagne para que te hagas idea de las extensiones de este país* (quizás se lo enviara para darle más bien la medida de la riqueza a la que se podía aspirar en un lugar como aquél). *Las*

iglesias aquí son numerosísimas, proseguía la carta, algunas lucen retablos barrocos suntuosos y todo gracias al oro y a la plata de las minas. Fruto de ese enriquecimiento, el país vivió su revolución, el despertar criollo en todo el país había llevado a México a una guerra que terminó con su independencia, lo que no había frenado el crecimiento ni el desarrollo. La extracción de plata seguía siendo sustancial para la economía, y la llegada de americanos y europeos a la ciudad de Guanajuato era constante. Y como si la ciudad fuera ya feudo de los extranjeros, Denis explicaba que a esta clase de comerciantes y hombres de negocio con gustos europeos nos llaman «gachupines» por aquí, Richard, agrégale la presencia de buenas familias criollas. Digamos que son la nueva aristocracia de aquí. Nosotros seríamos los nuevos llegados, pero te aseguro, Richard, que no me importaría nada ser de esta estirpe de parvenus, hay mucho que ganar, te lo puedo asegurar. A los mestizos, zambos e indios, los nombraba de refilón, casi como si fueran parte de un decorado, como si los legítimos moradores de esa tierra sólo estuvieran ahí para aportar una nota de color y su presencia sólo fuese un detalle pintoresco, un toque exótico.

Así que Richard no se lo pensó mucho. No tanto por el relato de Denis, sino porque dinero era lo que él y los suyos necesitaban, e iría a donde fuera necesario para conseguirlo. El año 1833, el general Santa Anna, *el Héroe de Tampico* alcanzó la presidencia de México, y el 8 de abril de ese mismo año, Richard embarcó en el puerto de Liverpool con destino a esa tierra. Lo hizo en un bergantín mexicano de nombre *Tamesí*, capitaneado por Alfred Smith, que zarpó junto a otras embarcaciones a las doce del mediodía. El remolcador quedó atrás a las cinco de la tarde, cuando el sol ya se ponía y las luces de la costa punteaban el cielo raso como ojos enfebrecidos; a lo lejos, brillaba el faro de Skerries. Richard se acodó a la barandilla para observar aquel paisaje. Nunca antes había visto la costa desde el mar. Abandonaba su tierra por primera vez y lo hacía con el ánimo tan bajo como el sol que ya se hundía en la línea del horizonte. Cierta sensación de deserción pesaba mucho más en su alma que un espíritu de aventura que aún estaba por retoñar; porque en nada se parecía a su hermano Denis en ese sentido. Denis había marchado porque su estirpe era la de los insaciables, la de los que cuando llegan necesitan marchar. Denis había sido así desde niño. Lo único que los dos hermanos compartían

era una conciencia inquebrantable de que lo que debía gobernar las vidas era el precepto familiar, la sagrada tradición, y en ellos esa fe prendió bajo la forma de una poderosa ambición que los unía por encima de sus diferencias. A Denis poco le importaban las incomodidades materiales, era como un animalillo salvaje o un camaleón capaz de acomodarse con el mismo aplomo a los rigores como al lujo, mientras que para Richard el orden, la limpieza y la armonía eran una parte elemental de la civilización, y por tanto de su existencia, así que ni el camarote demasiado pequeño ni saber que llegaba a una tierra completamente desconocida para él contribuían a calmar su nerviosismo. Apostado a estribor, se dejó llevar por una prematura añoranza, pensando en los suyos y en lo lejos que pronto quedarían los que amaba y su patria. A medida que avanzaba la noche e iba perdiendo de vista las embarcaciones que habían zarpado con ellos, se llevó la mano al pecho para palpar el abultado sobre que le había enviado Catherine desde el convento. Eran poemas, no sabía si buenos o malos, pero estaban escritos por su querida hermana y ése era su valor. Su ánimo se sosegó con el contacto del fajo de cartas; también al comprobar que aguantaba bien la mar espesa. El pasajero Petrie, un amable inglés de Bath que había embarcado al mismo tiempo que él y al que la víspera había tenido la ocasión de saludar durante la visita al doctor Mc Corck (una visita formal y rutinaria que exigía la compañía para embarcar y durante la cual departieron sobre los motivos de sus respectivas travesías), el pasajero, digo, se acodaba a la borda del barco, mareado como un saco de garbanzos. Un pequeño terrier que viajaba a bordo se había tumbado cerca de un amasijo de cabos, su mirada vidriosa y los espasmos rítmicos indicaban que no andaba mucho mejor que el tal señor Petrie.

La tarde anterior, Richard había visitado a su tía Rose de Liverpool, convencido de que el delicioso té que compartieron entre cordialidades y muestras de cariño sería la última taza decente que tomaría durante mucho tiempo. Sin embargo, la cena que les sirvieron a bordo esa primera noche: fiambre, *pudding* de ciruelas y vino de Madeira, logró atenuar al menos una de sus inquietudes: supo que Snowball, el despensero-mayordomo responsable del moderado pero sabroso ágape, había jurado que en su barco, mientras estuviera él al mando de las despensas, se podría morir por el asedio de bucaneros pero nunca por el de las tripas, por una

tempestad, pero nunca por una mala digestión. Tenía fama de haber domesticado los paladares de unos cuantos marineros, y para el de Richard, que ya iba bien domesticado, fue un consuelo.

Los días posteriores a la partida, bajo un cielo del color de la ceniza, bordearon las costas de Calf of Man y de Tusken. Al atardecer del segundo día, dejaron atrás el faro de Galley Head, un gran punto brillante y sólido en la lejanía que se rompía en pequeñas chispas sobre la superficie del mar. El sol brillaba, tenue. El mar parecía darles una tregua, el barco avanzaba sin aquel pertinaz y fastidioso balanceo de las primeras horas. Bordearon la cabeza de Cork. *Me levanté para ver por última vez las playas de la vieja Irlanda*, escribió Richard en su diario. *Regresé a la cama después de haber rezado con un fervor patriota, preguntándome cuándo podré volver de nuevo a casa, y que cuando lo haga deberé contemplarla como deber ser: «grande, gloriosa y libre, primera flor de la tierra y primera joya del mar»*. Mientras la vieja y querida Irlanda se alejaba de su vista, sintió cómo su corazón y su cabeza se sentían más cerca de ella que nunca.

Con un clima apacible, navegaron hasta que dejaron de ver la costa. En torno a ellos ya sólo había agua, una masa enorme en la que las manchas de luz reverberaban durante el día y en la noche se convertían en sombras desoladoras. Richard dedicaba los días a observar la fauna, contaba las marsopas que jugaban cerca del barco, dibujaba golondrinas marinas, que eran casi tan grandes como las gaviotas salvo por el plumaje, más parecido al de la golondrina común, esos pajarillos anodinos a los que jamás había prestado atención en Liverpool, y cuya compañía ahora le parecía salvífica. A veces emergía, bajo la primera capa de agua verdosa, una pequeña tortuga. Todo lo que tuviera cuatro patas le recordaba que ese viaje pronto acabaría, que tarde o temprano pondría pie en tierra y levantaría el polvo de los caminos, que era donde él se sentía igual de dichoso que parecían serlo en el agua las tortugas juguetonas.

Habían zarpado de Irlanda con temperaturas frías, a veces gélidas, pero mientras se acercaban al trópico éstas se iban suavizando. Sesenta y siete grados Fahrenheit, registró el día 25 de abril en su cuaderno. Y a medida que pasaban los días, los grados

aumentaban para satisfacción de los pasajeros que, a diferencia de la tripulación, no sabían que pronto, ante el infierno que se avecinaba, estarían echando de menos los días grises.

Las tardes las pasaba Richard haraganeando en un catre español colocado bajo el toldo, leyendo o limpiando sus armas de fuego. Denis le había contado que el camino de Tampico hasta Guanajuato estaba plagado de bandidos. ¿Cómo sería la vida allí? Según su hermano, no faltaban bailes, conciertos ni bellas mujeres. Pero él sólo pensaba en el trabajo, en la manera de ganar cuanto antes el dinero que le permitiría regresar a su tierra para comprar las tierras perdidas y darle a Mathilde la vida que se merecía. Se habían prometido antes de partir, y Richard le había dado su palabra de que mandaría noticias al llegar a tierra. En cuanto se hiciera con un buen patrimonio, se casarían y él podría darle una vida de la que no se avergonzarían ni los suyos ni los Lewis, la familia de Mathilde, buena estirpe de comerciantes ingleses, adinerados y grandes viajeros, cualidad, esta última, que definía por antonomasia al señor Alfred Lewis, el padre de su prometida. La apenas Mathilde había aceptado, ¿qué otra cosa podía hacer la muchacha? Se quedaba en Liverpool, a esperar, más temerosa por el destino y el regreso de su prometido que de esa peste que campaba por Europa y que no había llegado a las islas, pero a la que todos temían como a un mal augurio.

Para Richard, la peste era todo cuanto sucedía en ese barco, o más bien, cuanto no sucedía allí. Esa monotonía hipnótica y miserable. Parecía que la única manera de espantarla era con el ron que Snowball les servía con cara amarga. «Todo menos esta insufrible soledad», se decían Fisherick y Richard, o Richard y Fisherick, que para el caso era lo mismo, pues parecían un solo hombre, los dos fundidos en el abrazo desesperado que precedía al momento en que ambos se desvanecían.

Para cuando cruzaron el trópico, los días se habían vuelto tan miserables como la mirada de un demente, el mar estaba bilioso, el barco se bamboleaba y no era posible encontrar un asiento estable dos minutos seguidos. *Neptuno no apareció para trincharnos, ya sea por temor a nuestro capitán, quien nunca es condescendiente con los caprichos del viejo Neptuno, o porque haya estado comprometido con alguna otra compañía, no lo puedo decir, pero más bien pienso que se trata de lo primero*, escribió.

Por fin aparecieron las primeras algas marinas, muy diferentes a las de Irlanda, de color amarillo claro y tallos con pequeñas frutillas, pues éstas eran verdes como la hierba.

—Deje usted de compararlo todo con su tierra, amigo Myagh. O no tardará en tomar un barco de regreso sin haber logrado sus propósitos —le prevenía Fisherick, que parecía y ejercía de llanero de las aguas.

Durante la noche, y para celebrar que se acercaban a las islas de las Indias Occidentales, Snowball les preparó una cena suntuosa con los manjares que había reservado para las grandes ocasiones: sopa de tortuga, *pay* del mar, puerco asado y *pudding* de grosella; el señor Fisherick ofreció en el camarote del capitán un concierto con su violín «a la Paganini». Sonaba *La Dulce Consentí*, que Richard escuchaba dando sorbos a su brandy pensando en su familia y en Mathilde. Miró de reojo a Fisherick, pero éste estaba demasiado entregado a su ejercicio de virtuosismo musical como para ver que su compañero no había seguido sus consejos.

Tras aquella euforia pasajera, siguieron los días largos, monótonos. El calor se había convertido en un invitado no deseado, en un molesto intruso. La contemplación de la fauna y la flora seguía siendo el mejor pasatiempo. El mundo parecía reducido a un puñado de gaviotas, de delfines y de abundantes algas. El termómetro a la sombra llegaba a marcar ochenta grados Fahrenheit y el agua se evaporaba hacia las nubes en forma de remolinos. El 10 de mayo, tras una noche de concierto y de cartas y un altercado con la lavandera, que le destiñó su mejor camisa extrayéndole su color azul, ¿por la sal o por el sol?, resonó por fin el anuncio tan esperado desde hacía días. El gaviero, alzado al palo mayor, saludaba con el *land ahoy* a la isla de Aneyuolo, una de las islas Vírgenes, la primera que veían desde que dejaran la costa de Irlanda. Durante unas tres o cuatro millas las islas desfilaron ante ellos. Estaban densamente plantadas, con grandes extensiones de árboles de coco que verdeaban el cielo. Ese día navegaron en dirección a la isla de Tórtola, la mayor de ellas, y el siguiente se acercaron a Danesa de Santa Cruz, sembrada con cultivos de azúcar y café. Con el catalejo podían ver a los demás barcos en el puerto, los molinos de viento y los pueblos con bellas residencias. Acababan de entrar en el mar Caribe, con aquella agua tan verde y cristalina

que parecía irreal, era un color tan idéntico a los ojos de su amada Mathilde que la añoró con una fuerza que le pareció absurda. La recordó en el puerto, el día de la despedida, pálida, tragándose las lágrimas de adioses que ahora parecían haber ido a parar a ese mar que se extendía ante él.

A pesar de la aparente calma, el barco se bamboleaba a merced de las corrientes profundas. El tiempo era borrascoso y lluvioso. A la sombra, el barómetro marcaba 86 grados. Fisherick cayó enfermo debido al efecto de unas píldoras antibilis que algún charlatán le había recetado en tierra y que le causaron una inflamación en el estómago. Durante tres días calamitosos, el enfermo no probó alimento, apenas si lograba ingerir a pequeños sorbos un poco de agua de cebada.

–Querido Fisherick... –se lamentaba Richard al pie del catre del amigo empapado en su fiebre y en el delirio– le ordeno que se recupere, o no tendré con quién ahogar mis penas.

–Nos ha cortado la barba y el pelo, ha tocado música para nosotros...

–...y hasta le hizo una sangría al capitán –intercedió Richard mientras Petrie limpiaba el sudor al enfermo–. ¿Hay algo que no sepa hacer, querido Fisherick?

–Y ahora... –balbuceó Petrie apesadumbrado.

–Y ahora ninguno de nosotros es capaz de ayudarlo en este penoso trance.

La escasez de agua potable obligó al capitán a ordenar los primeros racionamientos. Navegaban muy cerca de Jamaica y el tedio seguía marcando el compás. De vez en cuando un ave marina, grande como una grulla, de cuerpo blanco y alas negras, se posaba en la barandilla. La gata negra, a la que habían bautizado *Puss*, dio a luz a cuatro criaturas negras y hubo que encerrar al terrier para que no devorara a las crías.

–Y éstas son todas las novedades que puedo relatarle, amigo. –Richard pasaba la mayor parte del tiempo junto a Fisherick, lo miraba como si en sus ojos hubiera una larga conversación que él tuviera la obligación de custodiar. Le contaba lo poco que había que contar como si mantenerlo con vida dependiera de esas menudencias de que se componían los días.

«Es importante que oiga una voz amiga» le decía Richard al capitán. Pasaba la mayor parte del tiempo en el camarote de Fisherick, leyendo, escribiendo, y vigilando la respiración del que la tripulación ya había bautizado como «el moribundo». Salía a estirar las piernas por la cubierta dos veces al día. En la costa, las montañas eran de una gran altura, la tierra baja se veía densamente cultivada a lo largo de kilómetros de plantaciones que parecían ser de azúcar y de café. También se adivinaban pueblos, cascadas y ríos que sólo avivaban la sed y el mal carácter del pasaje; en el barco, el racionamiento de agua había llegado a una situación extrema. Y Fisherick empeoraba. El moribundo ahora lo parecía sin exageraciones. El domingo, mientras los marinos y la tripulación, con sus mejores galas y el peor de los ánimos asistían al oficio de la liturgia, se cruzaron con un buque de transporte inglés, el *Numa*, procedente de Jamaica con destino a Nueva Providencia. Petrie fue quien lo avistó y pidió permiso al capitán para acercarse con la esperanza de que hubiera en él un médico. Sus esperanzas fueron vanas. Sólo subió a bordo el capitán, deseoso de oír noticias de Inglaterra. Tras un intercambio cordial de informaciones, el capitán del *Tamesí* decidió seguir la ruta hacia Cuba, desatendiendo a una parte de la tripulación que sugería volver a Jamaica y desembarcar para pedir la ayuda de un médico.

La entrada en el Golfo de México fue inolvidable por sofocante. Era la primera tierra mexicana que veían. Apenas durmieron por el furibundo balanceo del viento del noroeste que sólo el pensamiento de saber que estaban llegando a destino volvía soportable. Poco a poco los hombres del barco fueron recuperando una actividad más digna de hombres que de la pandilla de indolentes e improductivos finados en la que parecía haberse convertido el pasaje del *Tamesí*; los preparativos para el desembarco ocupaban la mayor parte de los días, el revuelo de tareas sólo era interrumpido por la pesca de algún delfín para proveer las alacenas. Y como si Fisherick también hubiera olido que la tierra de destino estaba muy cerca, el 28 de mayo, hacia el final del día, y en contra de todo pronóstico, comenzó a mejorar.

—Querido amigo, se despierta ahora que ya no puede entretenernos con su violín. La próxima vez no hará falta que se envenene, díganos con franqueza que no desea nuestra compañía.

Él y Richard se abrazaron. Seguramente no volverían a verse, uno seguía ruta por el interior del país hacia el Pacífico, desde donde viajaría en otro barco a Canadá con la firme determinación de hacer allí fortuna junto a un pariente francés al que las cosas no le iban mal en el negocio de las pieles; y en cuanto al otro, Richard, ya sabemos que iba a Guanajuato para cubrir con plata y oro la honra de los suyos.

Los marineros avistaron tierra hacia la medianoche y pudieron sentir el fondo del mar, a veintisiete brazas de profundidad, rozando el casco del barco en el que aún sonaban temblonas las notas resucitadas del violín de Fisherick mezcladas a las risas y a los cánticos del pasaje.

El 29 de mayo el *Tamesí* llegaba al puerto de Tampico y anclaba en la barra, a una distancia de casi diez millas de la playa. Dos goletas americanas entraron con ellos. Uno de los oficiales de la fragata británica *North Star* abordó el *Tamesí*, ávido de noticias. Richard le dio el periódico inglés que traía consigo y que el otro aceptó como si dos meses en nada afectaran a su contenido. Les comunicó que se ocuparía de reportar en Liverpool la llegada del *Tamesí*.

Mientras el capitán Smith se dirigía en bote a tierra y la tripulación esperaba para desembarcar, Richard recorrió con la vista el litoral, esa tierra verde y espesa que contrastaba con el agua esmeralda y de la que esperaba extraer bienes y riqueza para enmendar el destino de los suyos. Instalado ya en su hotel, Richard escribiría: *Aquí estamos, al menos sanos y a salvo, después de un viaje favorable de 51 días y habiendo cubierto casi ocho mil millas. La latitud de Tampico es de 22,16. La Longitud de 98, la diferencia de horario entre Dublín y Tampico es de casi siete horas.*

Hago de conocimiento de todas las Mujeres y Hombres, que declaro esto como verdadero y copia correcta del Diario que he conservado de los varios incidentes, ocurrencias y circunstancias que merecieron ser anotados, que sucedieron en el viaje antes mencionado y expresado. Con fecha a bordo del bergantín mexicano Tamesí, ahora anclado en la barra de Tampico este veintinueve de mayo, año de nuestro Señor de mil ochocientos treinta y tres.

Y añadió en español «¡Viva la República de México!».